

Domingo III del TO
Ciclo B



21 de enero de 2024

Jon 3,1-5.10

Sal 24

1Cor 7, 29-31

Mc 1, 14-20

P. Eduardo Suanzes, msp

El evangelio de Marcos es el más antiguo y el más breve de los evangelios canónicos. Pese a su brevedad y sus aparentes silencios, es un texto concentrado que encierra en sí mismo ricas y sugerentes reflexiones acerca del «misterio» de Jesús, cuyo ser trata de desvelar y proclamar. Y quizás por su brevedad o concentración, es el que, de los sinópticos, menos veces ofrece la expresión «*reino de Dios*»: 14 veces, frente a las 50 de Mateo y las 37 de Lucas. No obstante, y precisamente por su austeridad y concentración, merece la pena detenerse en qué significa eso de «*reino de Dios*» en Marcos.

Para Marcos, el «*reino de Dios*» es importante, fundamental. Lo prueba el que coloque esta expresión en boca de Jesús al comienzo mismo de su texto, en el capítulo 1, tras el prólogo del anuncio del bautista y del bautismo de Jesús y sus 40 días en el desierto. Las primeras palabras que dice Jesús en este evangelio se refieren al reino de Dios y son las que corresponden al Evangelio de hoy: «*Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la buena noticia de Dios: 'El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; conviértanse y confíen en la buena noticia'*»

Nos interesa ver lo que puede pretender el evangelista al colocarla ahí, a inicio del Evangelio, y si lo que parece pretender es coherente con lo que sabemos de Jesús.

Parece claro que su primer objetivo es resumir la misión entera de Jesús. Con Jesús empieza un «*tiempo nuevo*», por ello, el tiempo anterior, toda esa tradición del Antiguo Testamento que podría culminar en el profeta Juan Bautista, ya se ha cumplido, ya ha terminado. Eso lo expresa Marcos en el versículo anterior apuntado que Juan ha sido entregado, ha sido sacado de escena. Juan anunciaba en este evangelio la conversión de los pecados y la práctica del bautismo con agua como signo de renovación. Pues bien, ese tiempo de arrepentimiento por las culpas y del bautismo acuático como rito de purificación del pecado ya ha quedado atrás, ya se ha cumplido. El mismo Juan lo anuncia: «*Yo les bautizo con agua, pero él les bautizará con Espíritu Santo*»¹. Y así, aparece Jesús, que es bautizado con agua en el Jordán y a él viene el Espíritu Santo. Jesús está pleno del Espíritu y ya no va a bautizar a nadie con agua, sino que va a bautizar transmitiendo-mostrando el Espíritu Santo (amoroso) de Dios a todos.

Por ello, Jesús proclama «*la buena noticia de Dios*», con artículo determinado «*la*». Lo que Jesús proclama-muestra no es una noticia buena cualquiera, sino «*la*» buena noticia de Dios. Jesús proclama a Dios². Y por ello, en su proclamación ya no aparecen ni el pecado ni ritos de purificación, (ni mucho menos castigos como cuando Jonás en la Primera Lectura) sino que quien aparece es el reinar de Dios, que está aquí, que se ha acercado, que está presente. Esa presencia hay que notarla, verla, sentirla; hay que transformarse en algo

¹ 1,8

² Hoy que celebramos el «Domingo de la Palabra de Dios», celebramos a Jesús **la Palabra que habla de Dios**

distinto de lo que se era, hay que cambiar la forma de ver la realidad (convertirse) y creer, confiar, en esa buena noticia, en esa presencia.

Después de esta proclamación, Jesús aparece reclutando a los primeros discípulos en la orilla del lago. Tan importante es ese «acercamiento» o «presencia» o «irrupción» del reinar de Dios, que hay que ponerse manos a la obra. Sea lo que sea el reino, su presencia llama a la acción, no hay que dejarlo pasar ni vivir ajeno a él: hay que ponerse a «*pescar hombres*». Estos dos aspectos: «presencia del reino» y «pescar hombres» vienen interrelacionados en este comienzo del evangelio de Marcos. De aquí se deduce que lo que sea el reinar de Dios tiene mucho que ver con «pescar hombres».

«Pescar hombres» es una expresión parabólica, es una metáfora, e indica la actitud de levantar a las personas de su postración. Curiosamente, en «pescar» está presente la metáfora del agua. El bautismo de Juan consistía en sumergir a los hombres en el agua para purificarlos; el bautismo de Jesús va a consistir en «pescar», es decir, en sacar a los hombres del agua para salvarlos. La metáfora del agua aplicada aquí al hombre es negativa: a diferencia de lo que supone para los peces, el agua no es el medio natural del hombre; el hombre se ahoga en el mar, no puede pervivir en él. Este contraste se prolonga en la metáfora de pescarlos: para los peces supone la muerte; en el caso del hombre supone la vida. **«Pescar hombres» implica, por tanto, «dar-devolver a la vida» a quienes están a punto de perecer.**

A partir de esta presentación programática, el relato se espacializa. ¿Dónde va a bautizar Jesús? ¿Dónde hay que hacer fluir-presente el espíritu-amor de Dios? ¿Dónde hay que pescar? ¿Dónde hay hombres ahogándose? La respuesta va a ser: por todas partes.

Si la metáfora «pescar hombres» tiene este sentido liberador-salvador de la postración, y si esta expresión viene relacionada en el comienzo del evangelio con la «presencia del reino de Dios», entonces se ve que el evangelio está mostrando que «reino de Dios» tiene un sentido primigenio de liberación, de sanación, de levantamiento de postración, de dar vida, de «vivir». **El ámbito del reino de Dios es la vida**, porque eso que se hace presente en los «bautismos» de «pescar hombres» que practica Jesús es el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, que es amor vivificante.

Aquí, en este principio condensado y fundamental del evangelio de Marcos, nada se habla de juicios, ni de eclosiones cósmicas, ni de castigo “*níniveianos*”, ni de transformaciones políticas, ni de sucesos que ocurrirán un incierto día de mañana. **Todo transcurre en el presente.** En un presente en el que Jesús está haciendo presente la vida, la sanación, la liberación de postraciones, y está invitando a otros a ponerse a hacer lo mismo. Esta irrupción de vida y de sanación es para todos los postrados.

Por tanto, sea lo que sea el reinado de Dios, implica un ámbito de liberación opuesta a la postración; una situación en la que fluye la vida, el amor vivificante que Dios es para todos (Espíritu Santo), y en el que, por ello, los postrados «sanar», se levantan, se liberan de la postración. Jesús hace presente con su amor solícito ese Espíritu Santo; eso tendrán que hacer también los discípulos. El reino, sea lo que sea, implica que los hombres del espíritu se acercan y toman de la mano a los postrados para levantarlos en cualquier ámbito (religioso, doméstico, social, universal), como en los siguientes pasajes parece decir: sinagoga (1,21-28), casa de Simón (1,29-31), el exterior de Galilea (1,40-45), el mundo entero (2, 1-12).